

Segunda Parte
NUESTRA CREENCIA EN DIOS

EL DIOS OCULTO
LA RESPUESTA DEL UNIVERSO
LA RESPUESTA DEL HOMBRE
LA RESPUESTA DE LOS SABIOS
LA RESPUESTA DE UN GRAN
EVOLUCIONISTA
LA RESPUESTA DE JESUCRISTO

4 EL DIOS OCULTO

Querámoslo o no, tenemos que preguntarnos sobre la existencia de Dios y su misterio oculto, si existe.

Pero la pregunta sobre Dios es, en el fondo, **la** pregunta sobre nosotros mismos. Y una pregunta clave a la que no se puede dar una respuesta faciltona y simple. Porque si Dios existe es alguien invisible, que está muy por encima de nuestras representaciones humanas. Alguien oculto, imposible de aprisionar y desconcertante. Si Dios no saliera libremente de su propio misterio personal, para revelársenos, nadie podría conocerlo. La fe, por la que aceptamos a Dios que se revela, es por ello la forma cierta y segura para encontrarnos con Dios.

1. La existencia humana plantea la existencia de Dios

Si reflexionamos sobre la libertad humana, podemos decir que el sólo hecho de que como hombres, no seamos nosotros nuestra propia fuente, plantea de inmediato la cuestión de la existencia de Dios, el único que sí sería fuente última de su propio existir. El hecho de que nuestra existencia plantee la existencia de Dios no quiere decir que la pruebe, pero sí "deja abierta la cuestión de un Dios que sería para sí su propia fuente". Si Dios es Dios, debe ser así.

Es claro -como lo dijo el marxista francés Roger Garaudy- que "la sed no prueba por sí misma que exista la fuente" para calmarla. El hecho de que el hombre experimente una cierta necesidad de Dios, no es por sí mismo suficiente prueba de que Dios existe. Así lo juzgamos también nosotros. Pero ese hecho tampoco es prueba de que Dios no existe y de que seamos unos "alienados" cuando creemos en Dios y acercamos nuestros labios a la Fuente.

2. Dios es invisible o no es Dios

Fue el ruso Gagarin, en su primera órbita espacial, quien al descender exclamó triunfante que "allá arriba" no había visto ni dioses ni ángeles. Aportaba así una prueba más a la ideología soviética para seguir afirmando que Dios no existe. A nuestro juicio su argumentación hubiera sido más eficaz si realmente hubiera visto a Dios y pudiera habernos traído su fotografía. Podríamos inmediatamente dejar de creer en ese Dios fotografiable, detectable en su órbita de asteroide y muy parecido a un OVNIS.

Más seria es la dificultad presentada antiguamente por Jenofonte y vuelta a presentar por Voltaire. Jenofonte había observado con perspicacia que los dioses de Hornero y de Hesíodo se parecían mucho a Hornero y a Hesíodo. Y sacaba entonces esta conclusión: "Los mortales se imaginan que los dioses son engendrados como ellos, que tienen vestido, una voz y un cuerpo parecidos a los suyos. Si los bueyes, los caballos y los leones tuvieran manos y pudieran, con sus manos, pintar y producir obras de arte como los hombres, los caballos pintarían figuras de dioses semejantes a caballos, los bueyes figuras de dioses semejantes a bueyes, es decir imágenes análogas a las de todas las especies animales".

Voltaire comentaba este texto con mucha ironía diciendo: "Si Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza, el hombre ha hecho lo mismo con él". Dicho en otra forma, para hacerse una imagen de Dios, el hombre le atribuye todo lo que él juzga como perfecciones y cualidades humanas y las proyecta sobre él agrandándolas.

Tenemos que reconocer que, en efecto, nuestras representaciones de Dios están necesariamente mezcladas de elementos de "arriba" y de "abajo". Ellas no se elaboran sólo a "partir de Dios", sino "a partir de nosotros" y en esta forma son apenas aproximativas y muy relativas, deben evolucionar y estarse continuamente purificando de modo que se vayan elaborando cada vez más "a partir de Dios".

Esto significa que si Dios existe, está siempre necesariamente muy por encima de nuestras representaciones humanas de él. Lo contrario sería lo sorprendente.

3. El verdadero Dios no puede ser sino un Dios escondido

Basta sencillamente pensar en lo que son nuestras simples relaciones humanas. Un par de esposos pueden haber vivido años en perfecta armonía, sin esconderse nada y siendo de una total transparencia el uno para el otro. Y sin embargo puede llegar el momento en el que uno de ellos presenta una reacción, toma una decisión, defiende una idea, es decir emite una expresión de sí mismo, que desconcierta a la otra persona. "Decididamente tú siempre me resultas con cosas

nuevas y raras". Este pequeño episodio de todos los días es el síntoma del hiato que subsiste siempre entre una persona y la idea que nosotros nos hacemos de ella. Y se debe a que la idea que nos hacemos de los demás la elaboramos *a partir de nosotros* (de lo que deseamos o esperamos de ellos). Y esta idea se rompe en pedazos, cuando la otra persona *se revela a partir de sí misma*. Aparece entonces que era algo diferente de lo que esperábamos, algo inaudito, que no se nos pasaba ni por la cabeza. El otro está siempre muy por encima de la idea que yo me hago de él. Toda persona es para otra persona *un misterio*. Yo no puedo comprenderlo, encerrarlo en mis manos y en mis esquemas, así sin más.

Solamente hay un camino para develar algo el misterio de una persona y es la comunicación, el amor. El amor permite descubrir el interior de una persona. Pero no destruye el misterio, sino lo hace aparecer aún más hondo. Así lo expresa la autora Philippe en su libro *El tiempo de suspirar*:

"Demasiado conocerse mata el amor, me dicen algunos. El misterio le es indispensable, como el sol para el trigo. Pero el misterio no tiene ninguna necesidad de ser cultivado; alimentarlo es reconocer su fragilidad. Hay que atacarlo, esforzarse por disolverlo. Cuanto más lejos vamos por el mundo del conocimiento, más nos percatamos de que el misterio permanece... Yo nado a tu lado en el agua tibia y transparente. Tú me dices 'buenos días*' y yo sé al instante cuáles fueron tus sueños, tus primeros pensamientos al despertar. Y sin embargo eres misterio para mí. Charlamos: tu voz, tu pensamiento, las palabras que usas son para mí las más familiares del mundo. Cada uno de nosotros puede terminar la frase comenzada por el otro.

Y sin embargo, tú y yo somos misterio".

De esta manera, el hiato entre la otra persona y la imagen que nosotros nos hacemos de ella, es algo que debemos tratar continuamente de eliminar y rellenar, pero siempre subsistirá. Si esto es verdad en nuestras relaciones humanas, unos con otros, cuánto más verdad será en nuestra relación con Dios! A Dios no podemos aprisionarlo en su misterio, englobarlo en nuestras ideas o esquemas. Si eso fuera posible, no sería Dios. Siempre será para nosotros Alguien nuevo, original desconcertante.

4. A Dios no podemos conocerlo si El no se revela

Si Dios existe, no podemos llegar a conocerlo en su misterio personal si no es "a partir de él", es decir si no es porque él se manifiesta y *devela a sí mismo*. No podemos conocerlo si no se hace él conocer. Si no es así caeríamos respecto de Dios en toda clase de ilusiones, imaginaciones, errores y alienaciones. La historia de las fantasías filosóficas y religiosas de la humanidad es muy grande. Es clara prueba de lo poco que logra el hombre acerca de Dios, si no lo hace a "partir de él".

"Sólo Dios habla bien de Dios!". Si Dios existe y algo sabemos de él, se debe a que él ha tomado la iniciativa de informarnos y ha querido salir de su misterio informándonos con su Palabra por el camino que libremente escogió de la revelación. A esta auto-revelación de Dios corresponde de parte nuestra la "fe", por la que aceptamos a Dios que se nos revela juntamente con sus designios.

Debemos, pues, distinguir cuidadosamente entre lo que Pascal llamaba "*el Dios de los sabios y de los filósofos*" (es decir Dios apenas rasguñado "desde afuera", y conocido en forma muy limitada y fragmentaria por la sola razón natural), y *el Dios de la revelación* judeo-cristiana (es decir. Dios descubierto "desde dentro" a través de su autocomunicación libre y especialmente a través de su Hijo Jesucristo).

El Dios de la fe supera con mucho al Dios de la razón natural. El camino de la fe nos lleva al misterio hondo de Dios -sin agotarlo nunca- mientras el camino de la razón apenas logra entreverlo y afirmarlo desde afuera. Por ello, el menor conocimiento que tengamos de Dios por la fe sobrenatural (por medio de la cual aceptamos lo que Dios dice de sí mismo y de sus cosas), es indudablemente más seguro, fiel y enriquecedor que el simple conocimiento natural que obtengamos de él a través de laboriosos tanteos de razón.

Con todo, la inquebrantable certeza de nuestra fe en Dios no pierde nada, antes gana, en ser reafirmada y corroborada por la razón.

"Conviene que escojamos la enseñanza humana más perfecta, y con ella, como quien va en frágil barquilla, atravesar -no sin peligro- el río de la vida. A no ser que consigamos atravesarlo con más seguridad en una embarcación mejor, esto es, con la enseñanza divina". (Platón, *Fedón*, XXXV).

Al final de los capítulos siguientes -donde nos embarcamos primero en la frágil barquilla de la razón y luego en el poderoso Jumbo de la revelación- podremos afirmar que Dios es *una Realidad* a la que responden todas las realidades cósmicas y humanas y *un Misterio personal de Amor* que se desborda en la homogeneidad completa del universo y de la historia.

"Una verdad no es cierta cuando la demuestra algo, sino cuando todo responde a ella".

(H. K. Chesterton).